

Performance Review

Juan Rulfo en Nueva York: Estreno de *Los encuentros*

Nora Glickman

Los Encuentros obra producida por el ensemble International Theatre, fue presentada en el Tribeca Performing Arts Center del 20 de octubre al 13 de noviembre de 1994. Escrita por Juan Tovar, dirigida por Susana Tubert y traducida del español por Iona Weisberg y Joe Martin, *Los encuentros* consiste en adaptaciones dramáticas de la obra de Juan Rulfo.

Vicki Davis estuvo a cargo del escenario; David Hyam de la iluminación; Harry Nadal, del vestuario. La música expresionista-minimalista de la obra fue producida por Mauricio Beltrán, y por una cacofonía de voces representada por un "coro de beatas." El elenco que actúa en *Los encuentros* es de norteamericanos de origen hispano, y de latinos residentes en Nueva York.

La adaptación de Juan Tovar realza aspectos claves de la obra rulfiana, como el estoicismo y la resignación ante la pobreza y la injusticia, como refugio contra la adversidad. Estos elementos, de resonancias universales, ofrecen una perspectiva crítica de México, aplicable a su historia, y en particular a las condiciones sociales del presente. En el transcurso de *Los encuentros* se realzan múltiples elementos escenográficos de la mitología, así como de las costumbres cristianas y paganas de los campesinos mexicanos.

Bajo una concepción directorial audaz y visionaria, Susan Tubert, forja la metáfora de *Los encuentros* a manera de un viaje por caminos trazados en el centro del espacio. El viaje sirve de marco para relatar algunas de las historias de *El llano en llamas*, tales como "Anacleto Morones," "Nos han dado la tierra," "Talpa" y "Diles que no me maten." Juan Preciado va en busca de su padre, Pedro Páramo. En la medida que Juan Preciado se desplaza hacia el mundo de los muertos de Comala, los caminos se van abriendo. Las encrucijadas están representadas en la coreografía de los caminos, uno de los cuales conduce el café—lugar de tertulia y discusiones; en los otros dos caminos no hay nada, salvo el mundo que lleva a Luvina.

En la realización grotesca y necesariamente humorística de "Anacleto Morones," se realza la fealdad interior de las mujeres, reflejada en las deformidades de su cuerpo. Las mujeres emplean gestos exagerados; exhiben jorobas, bigotes y traseros enormes. La coreografía en cada cuento-cuadro parece inspirada en una tira cómica estilizada.

Diversos elementos escenográficos convierten objetos inánimes en metáforas: la cama que desciende mágicamente, como caída del cielo, o del demonio, es el germen de la bastardía de los hijos de Páramo. Una simple silla, en la que colocan y alzan al hombre muerto—en "Talpa"—se transforma en vehículo de su crucifixión. La puesta en escena expresionista de éste último cuadro, como en el resto de la obra, se aleja deliberadamente de lo folklórico. Cuando se muere el marido, los peregrinos le despojan sus ropas y le roban como buitres, para luego llevarlo alzado a Talpa, con una crueldad desalmada.

El muletero de *Pedro Páramo*, Abundio, guía espiritual de Juan Preciado en su camino a Comala, es aquí presentado como una mujer. Asimismo el monólogo interior, que en la novela se distingue como la voz de la madre muerta, en esta puesta se expresa a través de Abundio. El propósito, presumiblemente, es que de este modo Juan sienta la presencia más inmediata de su madre ausente.

Desde el comienzo, en la medida que Juan Preciado va distinguiendo a los muertos entre luces y sombras violentas, los espectadores también los ven. Los juegos de luces dan lugar a una ambigüedad de ciertos momentos escénicos. Durante los momentos de oscuridad que invaden la escena, los círculos de luz que llenan el espacio dejan entrever a los "muertos." Al final éstos le entregan una linterna a Juan Preciado. El público, acosado por las luces, también entra en sus sueños cuando éste se confronta con los muertos, y va desapareciendo mágicamente hasta convertirse en un muerto más entre los muertos. En el mundo macabro de Comala, los difuntos vibran con más color que en el mundo de los vivos.

Los encuentros despliega un montaje circular en el que los personajes salen y entran continuamente. Diez actores desempeñan cuarenta papeles. El público también forma parte del escenario, ya que esta puesta originalísima traiciona adrede el espacio tradicional, para integrar a los espectadores de manera orgánica en el mundo evocativo de Rulfo.

Queens College